

Palabras del Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes

Académico de Número
de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Indagar en la marcha vital de los grandes maestros, es una de las tareas esenciales que tenemos delante los que nos dedicamos al oficio intelectual. Esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas siempre debe ser un lugar donde esto se analice, porque muchos, y desde luego yo, comulgamos con aquello que otro gran intelectual inglés, Keynes, señaló para siempre así, cuando iba a concluir su obra más decisiva en el cambio de las vidas, muy probablemente, por ejemplo, la de todos los que nos encontramos en esta sala, porque, sin ir más lejos, prácticamente todos, en algún momento, estamos, o estaremos, inmersos en las prestaciones del Estado de Bienestar. Se titula esta obra “Teoría General de la ocupación el interés y el dinero”, y los párrafos a los que he aludido decían: “Las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad el mundo está gobernado por poco más que esto... Estoy seguro de que el poder de los intereses creados se exagera mucho comparado con la intrusión gradual de las ideas”.

Precisamente hoy se trata, gracias a este libro editado por Biblioteca Nueva, con ayuda de nuestra Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, del que es autor Heliodoro Carpintero, otro gran hacedor de ideas, de las de uno de los pensadores españoles más importantes del siglo XX, Julián Marías. Unamuno decía que más de una vez, para explicar algo había que echar mano del propio sujeto, porque era a quien se tenía más a mano. Por eso he de señalar que ese impacto de Marías ya lo comencé a experimentar en el bachillerato, cuando en el Instituto Ramiro de Maeztu, el catedrático de Filosofía, el recientemente fallecido

Padre Mindán, al concluir una de sus clases, nos decía allá por el año 1942: “Y si quieren ustedes entender más a fondo esto que acabo de exponer –había hablado, de modo primoroso, de la revolución causada por Descartes–, y así acabar de entender por qué lo que estudian ustedes en Física deriva del triunfo, en la polémica de los universales, del nominalismo sobre el realismo, lean la recién publicada “Historia de la Filosofía” de un profesor espléndido, Julián Marías”. José María Valverde, el futuro gran catedrático de Estética, que estaba sentado a mi lado, me musitó: “Es un libro fundamental; que te lo compren en casa. Es para toda la vida”. Aunque el ejemplar que tengo en casa es el que adquirió, algunos años después, también cuando cursaba el bachillerato, mi mujer, que me ha dicho muchas veces: “Una profesora excelente que teníamos en Filosofía, que era muy de la Sección Femenina, nos insistió en que la “Historia de la Filosofía” de Marías era esencial si queríamos tener orientaciones para la vida”.

Mi generación ha sido básicamente orteguiana. Y cómo explicar eso sin la lectura fervorosa que hacíamos de libros de Marías, como por ejemplo “Ortega y la razón vital” o “Filosofía española actual: Unamuno, Ortega, Morente y Zubiri”. Más adelante, cuando preparaba oposiciones a la cátedra que entonces se llamaba, por influjo de unas palabras de Stackelberg, “Estructura económica de España”, recuerdo que azuzado por José Luis Sampedro quien me había indicado que al estudiar su concepto percibiese que estaba emparentado con aportaciones fundamentales de Schumpeter, y efectivamente así lo comprobé cuando pasé a trabajar esa maravilla que es el “Business Cycles” de este gran economista y también que leyese el ensayo de Marías, “La estructura social”, con aquello tan importante de que “una sociedad está definida por un sistema de vigencias comunes –usos, creencias, ideas, estimaciones, pretensiones–”.

Marías fue un maestro, pues, para las gentes de la generación del 50, como la llaman algunos, o del 47, como yo prefiero denominarla, y por eso apoyé calurosamente –puede hacerse público ahora– la idea de ofrecerle una medalla en esta Real Academia, y que así en nuestros trabajos y debates nos iluminara. Fui de los que le visitaron a aquella casa entrañable de la calle Vallehermoso, y le escuché dar las gracias, aceptar un premio de esta Real Academia, pronunciar en ella una conferencia –donde, por cierto, atacó con violencia al aborto–, y excusarse, porque, nos dijo, “Tengo mil obligaciones”, y añadió “Esa oferta de ustedes me resulta una carga excesiva”.

Por ello cuando me enteré de que nuestro presidente, Enrique Fuentes Quintana, había decidido que, conjuntamente con Biblioteca Nueva, nuestra Corporación apoyase la edición de este libro de nuestro compañero Helidoro Carpintero, me llevé una alegría, que ratifiqué al leerlo, así como el prólogo que preparó para ella, tan alto experto en Historia contemporánea como es el profesor y académico de la Historia, Carlos Seco Serrano.

En él encontré tres partes muy diferentes. En primer lugar, una especie de intento de síntesis de la historia contemporánea de España, que abarca de las págs. 21 a 41. Confieso que el propósito me pareció el de aquel relato sobre San Agustín y el intento de un niño de meter el mar en una conchita. Era imposible, y en este caso, debo advertir que incluso si se mejorasen mucho esas páginas, siempre habría fallos, equivocaciones, juicios inexactos. Me atrevo a decir, como economista, que las cosas no fueron totalmente así ni es posible enjuiciarlas así. Pero añadido, a renglón seguido, que eso es lo de menos, porque el interés de esta obra se inicia precisamente a partir de la página 43, cuando surgen las figuras de nuestro compañero Julián Besteiro, y la de un joven extraordinario en todos los sentidos en aquella ejemplar Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, llamado Julián Marías. Todo esto va a llevar a la tercera parte de esta obra, de la que se tenían noticias confusas, relacionadas con la colaboración de Marías en el golpe de Casado para su justificación intelectual, lo que no era fácil, frente al punto de vista de Negrín, que era el presidente del Gobierno de facto en la zona republicana, todo ello en medio de la crisis planteada en ese ámbito a causa de la dimisión como Presidente de la República de Manuel Azaña. Precisamente en ese momento, desde un punto de vista ideológico, se intentó por Casado y Miaja, aconsejados indudablemente por Besteiro, dar un giro al bando republicano, y así alterar el planteamiento básico del conflicto. Nuestro compañero Salvador de Madariaga lo había de denominar, como es bien sabido, en su "España. Ensayo de historia contemporánea", la guerra de los tres Franciscos: de Francisco Largo Caballero, de Francisco Franco y de Francisco Giner de los Ríos. Lo que se intentaba, en una España republicana, derrotada de modo aplastante en la batalla del Ebro, abandonada por Francia e Inglaterra el 26 de febrero de 1939, día en que estas potencias reconocieron al Gobierno de Burgos, sumida en ese caos inflacionista que tan bien ha estudiado nuestro compañero Sánchez Asiaín, sin que se supiese además por qué sistema económico utópico se decantaba, era transformar su régimen, del heredado de Francisco Largo Caballero por el que procedía de Francisco Giner de los Ríos.

Era un intento descomunal y lo primero que resultaba preciso era justificarlo. En las págs. 68-70 se recogen los argumentos de aquel gran profesor de Lógica que era Besteiro, donde se señalaba que tras la derrota del Ebro y la subsiguiente ocupación de Cataluña, "el gobierno republicano había estado «errante» por Francia, con el presidente de la República, Azaña, a la cabeza del mismo. Ahora bien, éste había dimitido de su cargo de Presidente el 27 de febrero, al día siguiente de que Francia e Inglaterra hubieran reconocido al gobierno del general Franco. Su posible sucesor, de acuerdo con la legislación pertinente, era el presidente de las Cortes, quien por ley estaba obligado a convocar unas elecciones presidenciales en los siguientes ocho días, algo a todas luces sin sentido, dadas las circunstancias. Por eso la situación de Negrín era evidentemente, cuestionable", y sobre ese punto el Consejo Nacional de Defensa, ante la "vacatio legis" existente,

ocupaba el poder proclamando: “No podemos continuar por más tiempo aceptado pasivamente la improvisación, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la absurda inactividad de que da muestras el gobierno del doctor Negrín... Constitucionalmente, el gobierno del doctor Negrín carece de toda base jurídica en la cual apoyar su mandato... En estas condiciones... afirmamos nuestra propia autoridad de auténticos y genuinos defensores del pueblo español...” De un modo patético, en el ruedo ibérico, pareció cobrar vida aquella Tercera España de, por ejemplo, Gumersindo de Azcárate y sus buenas relaciones con Maura, o de Melquíades Álvarez, que había sido asesinado un par de años antes en la Cárcel Modelo de Madrid, o de los Madariaga, Marañón, Ortega, incluso de Sánchez Albornoz, quienes de un modo u otro, habían proclamado la necesidad de una rectificación radical de la orientación de la II República, a partir incluso de 1931.

El esfuerzo que aparecía en el horizonte de este puñado de personas que se alzaban con el poder en Madrid, era literalmente hercúleo, porque, para empezar, en el propio ámbito de la zona republicana existía resistencia fuerte a dar este bandazo. Hasta que no se fusiló al coronel Barceló y al comisario Conesa, no existía siquiera seguridad plena en el control de la situación. Y en esos momentos, en los naufragios de los regímenes, sea en el de la monarquía francesa de Luis XVI, sea en el hundimiento de la monarquía zarista, sea en Alemania en medio de la rebelión espartaquista, o en la misma Alemania años después, cuando el grupo de Rommel, Stackelberg, Jünger, y demás, intentó, con la bomba de von Stauffenberg, hacer escapar al pueblo alemán de la condena universal al nacionalsocialismo, aparecen siempre hombres valientes, que bracean para encontrar una salida digna. Uno de esos hombres, fue entonces Julián Marías. Eso, incluso cuando no conduce a nada, y, efectivamente casi siempre a esa nada conduce de momento, es ser, sencillamente, valiente. Recojo de este libro, págs. 56-57, estas palabras de Marías, en aquel marzo de 1939, y he tomado nota de ello, como profesor de Economía, para cuando en adelante me enfrente con el análisis del valor, concretamente, si se me permite un segundo de erudición, respecto a un trabajo de Flores de Lemus, basado en la postura sobre esto de Bortkiewicz en “Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik”, julio 1906 y julio y septiembre 1907, que aborda, pero no llega a percibir su importancia capital, el profesor Fernández Pérez en el libro, por otro lado muy valioso, que se acaba de publicar también en nuestra Real Academia, “Antonio Flores de Lemus. Años de formación universitaria. Correspondencia con Francisco Giner de los Ríos”, porque Flores de Lemus, percibiendo la importancia de la cuestión, había remitido una nota para el “Boletín de la Institución Libre de Enseñanza”, donde nunca apareció. Dice así sobre el valor Marías: “Acaso... comprendí lo que luego me ha parecido evidente y he repetido muchas veces; que es justo, como sucede en español, que el sentido más fuerte y primario de la palabra «valor» sea el de valentía, que se refiere a lo valiente, más que a lo valioso, porque si falta el valor personal, perecen los demás valores”.

Y he aquí ese valor bien explícitamente manifestado por Julián Marías cuando se convierte en el editorialista al servicio del Consejo Nacional de Defensa de Casado y de Besteiro, en “ABC”. Esta aportación histórica que aquí, en este libro, hace Heliodoro Carpintero es impagable. Es perfecto el trabajo crítico que ha conducido a aclarar que es de Marías la autoría de estos catorce editoriales, que se publican desde el 11 de marzo al mismísimo 28 de marzo de 1939. Al día siguiente, “ABC” ya no salió a la calle, y sí, en la imprenta de “El Sol”, en la calle Larra, el nº 1 de la II etapa de “Arriba”. Hasta el final, pues, defendió Marías, la posibilidad de otra alternativa española.

En el editorial “Nuestro Ejército y la paz”, en “ABC” del 12 marzo de 1939, surge un párrafo clave: “Los mandos del Ejército popular han recobrado la República para España. El ejército se ha liberado de influencias extranjeras y enemigas de la nación. Ya no hay, por tanto, ningún obstáculo que se oponga a los fines que persigue nuestro pueblo, ni hay tampoco asidero para los escrúpulos o intransigencias ajenas”. Y el 15 de marzo de 1939, bajo el título de “La solución de nuestra guerra la darán los españoles” glosa, citándola, una frase del coronel Casado: “No es nuestro propósito continuar la lucha, sino lograr una paz honrosa y dar así cumplimiento a los anhelos del pueblo, que aspira a que no haya represalias... facilitando la salida de España a aquellos que lo deseen”, que enlaza con el final del editorial, aparecido en “ABC” el 19 de marzo de 1939, “La República ante Europa, ante el mundo y ante los españoles”: “Queremos la paz –una paz digna entre españoles– y por conseguirla y defenderla llegaremos a lo que sea preciso”. Y el 21 de marzo de 1939, todo este giro de 180 grados es defendido así: “Es menester, pues, romper con todo lo anterior. No podemos intentar mitigar las diferencias, sino hacerlas resaltar hasta el escándalo. El Consejo de Defensa significa algo enteramente nuevo en nuestra vida política, lo contrario, en los aspectos fundamentales, de la víspera. Frente al engaño, representa la veracidad; frente a la sumisión al interés ajeno, la independencia –Marías estaba, impresionadísimo por lo que le había dicho un amigo comunista, con el que había mantenido esta conversación: “«La guerra está perdida sin remisión» le dije. «Sí, me contestó, «pero hay que seguir seis meses más». Le dije: «Pero eso va a costar otras doscientas mil vidas». Su respuesta fue: «Sí, y es muy lamentable, pero le conviene al proletariado internacional»–“. Y continúa Marías: “Frente a la inmoralidad, la honradez; frente a la guerra, la paz. Por eso, porque es lo inverso de lo que ha imperado hasta ahora entre nosotros, se sublevaron contra él, enérgicamente, los representantes de la etapa anterior”.

Y el mensaje postrero –porque el editorial de “ABC” del 29 de marzo de 1939 es simplemente de despedida del Consejo Nacional de Defensa, para el que se pide “no nuestro aplauso (no es tiempo de ruidos), sino de fervor silencioso y emocionado”–, corresponde al editorial de “ABC” de 26 de marzo de 1939, “La división del pueblo español”. Hoy 24 de mayo de 2007 no es malo leerlo, y con

ello agradecer al profesor Carpintero que nos lo haya exhumado y puesto para siempre ante nuestros ojos y nuestra reflexión, porque textualmente dice: "Se puede ser muy diferente, siempre que a la vez se sea uno. En España, el socialista y el falangista, o el republicano y el requeté, se sentían separados y opuestos por sus opiniones; esto es justo; pero en cambio no se sentían unidos de un modo vivo y eficaz por su origen, por su pasado, por todo su haber común y por una cosa muy importante más: por el objeto mismo de esas apasionadas actividades opuestas, que era, ¡qué casualidad! la misma nación española... Necesitamos rectificar urgentemente esta situación anormal; necesitamos, para eso, entenderlo bien. Porque de poco nos servirá dejar el curso libre a los ríos, que ya no arrastrarán sangre mezclada. Ni hacer que los ferrocarriles crucen una vez y otra el cuerpo entero de España, si no se hace lo mismo con el pueblo, hasta conseguir que vuelva plenamente a vivir como tal, con todas sus diferencias, pero sin volver la espalda a la unidad, más profunda que todas ellas, en que tiene que estar, quiera o no, irremediablemente".

Querido Heliodoro Carpintero: me atrevo a darte las gracias por haber sacado a la luz estos textos, en nombre, por supuesto de nuestra Real Academia, pero, sobre todo, porque son, además, oportunos.